

CONCURSO LITERARIO 2008-09
NARRATIVA. NIVEL 1 (ALUMNOS DE 1º, 2º Y 3º DE E.S.O.)
SEGUNDO PREMIO

AUTOR: CARLOS PELAYO RAMOS SÁNCHEZ(2º E.S.O. A)

MAGDIEL

Hola. Me llamo Magdiel y tengo diez años, o al menos los tuve antes de la tragedia. Soy de un pequeño pueblo de Hungría. Voy a contarles lo que me ocurrió, lo que de poder soñar me crearía pesadillas.

Todo surgió cuando Tony me llamó miedica. Nadie me llama miedica. Él dijo que no me atrevía a pasar una noche en el cementerio, yo dije que sí, y nos apostamos dos huevos de la mejor gallina del corral, pero si nuestros padres se enteraban nos caerían dos tortas bien grandes, así que yo le dije a mis padres que iba a pasar la noche en la granja de Tony.

Respiré hondo. Un olor a putrefacción emergía de aquel lugar y, sin dudarlo un segundo, me adentré en la bruma que flotaba misteriosa entre las lápidas. Caminaba lentamente a través de los ataúdes. Vale, tenía miedo, pero todo el mundo tiene miedo, otra cosa es saber superarlo. Luces fantasmagóricas me distraían de mi camino, intentando desviarme para hacerse con mi alma, pero yo conocía la magia de los fuegos fatuos y no me afectaba. De pequeña, mi abuela me contaba historias sobre estas almas en pena, que aparecían en las necrópolis o en los depósitos de cadáveres y, ahora que había arrasado la peste, los fuegos fatuos gobernaban la noche, danzando alrededor de los incautos, llevándoles a la muerte.

Caminé hasta un pequeño santuario: allí pasaría la noche. Seguramente no dormiría esa noche, pues se contaban demasiadas historias acerca de este maldito lugar y de los no-muertos que lo habitaban.

Hacía frío, mucho frío. Me acurruqué en una esquina, enfrente de la puerta, sólo por si acaso. Mi corazón dio un vuelco: maldición, me había dormido, pero había oído un ruido cerca de mí. Demasiado cerca de mí. Pero la oscuridad de aquella habitación no me permitía ver bien, pero eso no significaba que no pudiese percibir que había otro ser (no sabía si vivo o muerto) en la estancia, un olor nauseabundo inundó el aire. No pude aguantar. Salí corriendo. Sería una miedica, pero en ese momento no me importaba.

Fuera lo que fuese, aquel ser me estaba siguiendo. Corrí como pude en la oscuridad tropezándome con las tumbas que parecían haberse movido de su sitio durante la noche. Me había perdido, tenía frío y miedo, los huesos doloridos de correr, pero no podía pararme. Seguí corriendo.

Una gruesa capa de nubes había cubierto el cielo, por lo que apenas se colaban unos rayos de Luna. No veía el camino, pero no me rendí, y cuando había perdido toda esperanza, un rayo iluminó el cementerio y vi fugazmente la sombría puerta.

Sólo cuando salí y cerré la puerta, y corrí hasta que me quemaron los pulmones, me atreví a tomar un descanso.

Había empezado a llover y mi casa estaba lejos. No es seguro atravesar el valle por la noche, pero me arriesgaría.

Iba por el serpenteante camino. A lo lejos me pareció ver una forma humana envuelta en una capa mecida por un viento inexistente. Ahora sí que debía sentir miedo. Eso no es muy usual pero, ingenua de mí, que me acerqué a él (me di cuenta de que era una silueta masculina)

El extraño iba adornado con muchos abalorios que tenían que ver con la muerte y flotaba a ras del suelo, rodeado de oscuridad: era un nigromante.

Los nigromantes son temidos por todo el mundo por sus conocimientos sobre la magia oscura. Sus rituales precisan sacrificios generalmente humanos, por lo que rondan la noche en busca de víctimas, pero lo más temido de un nigromante es que alzan muertos y demonios para complacerles. Por eso intenté correr, pero el cansancio y mis entumecidos huesos mezclados con el miedo me paralizaron. Me alcé del suelo como por arte de magia hasta colocarme a la altura de sus ojos.

Perdón, se me olvidó contaros una cosa: mis ojos son uno azul y otro verde, y mi pelo es completamente cano: quizá sea eso lo que le llamó la atención de mí.

Me habló en un idioma raro, como un susurro, pero que te ponía los pelos de punta. No lo entendía al principio, pero sus palabras cobraron un significado mientras hablaba.

-¿Quién eres, niña? -me negué a contestarle, pero un dolor me recorrió la espalda, como si se me rompiera en pedacitos. Grité de dolor, y decidí responder a sus preguntas.

-Me... llamo... Magdiel -respondí entre gemidos.

-Bien, Magdiel, me temo que tendrás que venir conmigo -y perdí el control de mi mente, me desmayé.

<<Es ella.>>

<<¿Quién, maestra?>>

<<¿Es la niña de la profecía?>>

<<Sí, la niña anciana que traerá la muerte, ¿cómo se llama?>>

<<Dijo que se llamaba Magdiel.>>

Oía voces a mi alrededor, decidí hacerme la dormida, sólo por si acaso.

<<Ya está despierta>>

Maldición, una voz anciana había pronunciado esas palabras en el extraño idioma; una voz que era más oscura que las demás, más malvada, más corrupta.

Abrí los ojos y me hallé en un lugar oscuro, que me recordaba al santuario en el que había estado horas atrás.

-Levanta, pequeña, déjame verte -alcé la mirada y lo que vi me dejó helada, una banshee me miraba de arriba abajo.

Las banshees son los espíritus de las personas caprichosas y egoístas. Enfadadas por la pérdida de su vida, se vengan de todo ser viviente a su alrededor. La presencia de una banshee torna un verde bosque en un lúgubre páramo, pero ésta era distinta. Las banshees desaparecen con los años y esta, pese a ser vieja, se veía casi nítida.

-Soy Derémetris, la reina-banshee, y tú debes ser Magdiel, ¿me equivoco?-dijo la no-muerta.

-¿Qué quieren de mí?-Tenía mucho miedo: las banshee son muy crueles.

-Tu alma, tu bella alma, será utilizada como portal a una enfermedad que acabará con la humanidad, la llamaremos peste. Debes estar orgullosa. Si tu alma sobrevive serás mi sucesora; si no, serás recordada como el hechizo más poderoso de la necromancia-respondió casi con gusto, como relamiéndose con su triunfo, pero yo no podía ni sostenerme en pie, pues el olor que la banshee despedía era el mismo que llenó el aire del santuario, y también recordaba ese hedor de cuando era más pequeña. En varias ocasiones había olido la magia oscura de la banshee.

Ésta era la mía. Si no huía ahora, no lo haría nunca. Salí corriendo, guiándome por mi instinto, y conseguí salir a la noche. En la oscuridad se oían los lamentos de un alma en pena. La banshee entonaba un siniestro cántico.

Seguí corriendo, pero unas formas pasaban veloces por mi lado, dándome caza: eran lobos. Me di cuenta de que estos lobos no eran normales. Eran sus cadáveres alzados por la bruja-banshee. Los lobos me rodearon en poco tiempo y no pude avanzar más, me habían ganado. De entre los lobos apareció la temida silueta femenina del alma en pena.

-Niña tonta, no puedes huir de mí. Ahora ven conmigo ¿quieres? Ya hemos perdido demasiado tiempo-Los lobos desaparecieron, uno a uno, como volutas de humo.

Fui llevada al sitio en el que me desperté. Me dejaron en el centro de un grimorio dibujado en el centro de una gran habitación llena de velas. Lo último que vi fue la banshee recitando la maldición con las manos alzadas.

En esos momentos, una pequeña pulga que habitaba en una rata negra en un barco se volvió oscura un instante, y mordió a la rata, contagiándola de una enfermedad mortal. Ésta rata a su vez mordió al gato que intentó matarla, que a su vez se contagió y atacó al cocinero, que también se contagió e infectó la comida de los marineros, y así la peste nació y se fue abriendo paso a través de Europa, acabando con la vida de millones de personas.

Mi alma sobrevivió al proceso y ahora soy un espectro, sufriendo la carga del asesinato durante la eternidad.